LA ETERNA CONTRADICCIÓN

Excelsior, 20 de marzo de 1932, núm. 930[154].

El reloj de pared —un reloj tan viejo como la vieja casa— fue desgranando las horas lentamente, isócronamente, con la finalidad de algo irremediable y fatal.

Rafael hizo el gesto característico de marcharse.

—Las ocho ya… —murmuró.

Con otro gesto característico, Amanda le contuvo.

—Las ocho ya… y ¿qué? Ni que hubieran de ahorcarte en tu casa si llegabas con diez minutos de atraso para la cena.

—Es que…

—Es que… es que… ¡ea, hombre, quédate por algunos minutos más! Me gusta mucho tu charla…

¡Le gustaba mucho su charla a ella! Sí, ¿por qué no? Dios le había dotado del don de hablar y las palabras fluían de su boca prestigiadas por el arte muy suyo de trenzar frases que sacudían la emoción. Como en cada vocablo ponía plena la sinceridad de su alma, no había momento en que no la volcase toda entera en la sentencia más baladí, en la observación más sencilla. Además, poco le importaba que tratase de tópicos grandes o de tópicos pequeños. Cuando hablaba de filosofías, filosofaba, y cuando hablaba de arte, era un supremo artista. Igual disertaba de música que de poesía y siempre, en la cosa más pequeña, ponía algo de sí mismo que vibraba, que palpitaba de vida.

Sí, hablaba bien. Hablaba bien de todo, menos de una cosa. Porque él, Rafael, hombre vivido que podía contar sus años con las canas que surgían como asomos de ironía sutil a nada que sus manos

[154] Localizado por José María Fons en la biblioteca personal de Alberto Montilla. Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila, que carece de paginación.

"Igual disertaba de música que de poesía y siempre, en la cosa más pequeña, ponía algo de sí mismo que vibraba, que palpitaba de vida".

desarreglasen el pelo lustroso de pomada, que cuando hablaba de la noche la sabía pintar cuajada de estrellas y cuando hablaba del amanecer lo sabía pintar como un tapiz de oro fundido extendido por el cielo, jamás había tenido el valor de pintarse a sí mismo en el trágico realismo de una pasión soterrada que le dolía tanto como un garfio hincado en el alma.

Días, semanas, meses de estar hablando a todas horas con esta mujer y quedarse mudo cuando de lo más hondo sentía surgir la voz de la pasión que tenía algo de queja y algo de lloro.

Hoy por ejemplo, ¡de qué cosas no había estado hablando durante dos horas enteras! Si a veces hasta se sonreía en su interior irónicamente porque en su afán de llenar con su voz las pausas más pequeñas hasta había hablado de cuentos y chismes de vecindad. Eso sí, a Amanda, mujer como era, le habían hecho gracia tanto o más que todo lo que había dicho de Chopin, el músico-poeta, o de Edgar Allan Poe, el poeta-músico, aquellos chistes suyos sobre los tipos que abundaban en el pueblo y sobre las cosas que ocurrían en el pueblo. Y era esto quizá la razón porque Amanda, al desgranarse isócronas las horas del reloj, había puesto un rostro adusto al gesto que él hiciera de marcharse y formulado aquel ruego que en sus labios era una orden.

—Quédate por algunos minutos…

Se quedó Rafael por algunos minutos más. Igual se hubiese quedado por los siglos de los siglos. En este atardecer de su vida, que caía con la misma finalidad de lo irremediable y fatal, lo único que le quedaba a él que en sus antiguos amores tan ambicioso había sido, era sentirse cerca de esta mujer, beber de sus labios las palabras como un don divino, perderse en el fondo sin fondo de aquellos ojos que sabían reír y también a veces sabían ponerse serios y quizá, con afanes de llorar…

—Ya que lo mandas, me quedo. Y continuemos nuestra charla…

Amanda se acurrucó en el sillón de mimbre. Detrás, la luz cernida de una lámpara de seda ponía sobre su cabeza como un halo y Rafael,

inconscientemente, musitó una oración. ¡Por ella, tan buena, tan bella, que se diría una virgen en esta actitud de reposo, plegados los brazos sobre el pecho, juntos los pies que brillaban con blancura de lirios en la penumbra, y en el fondo sin fondo de los ojos la irisada luz de las pupilas! Sólo que se despertó bien pronto de su ensueño porque la virgen tan bella y tan buena le reintegraba a la realidad:

—Anda Rafael, charlemos…

II

Hablaron de cosas serias y de cosas fútiles. Hablaron del pasado, del presente y del porvenir. Hablaron de sus comunes amistades y de sus pequeños odios comunes y súbitamente, sin que ninguno de los dos comprendiese quién lo había iniciado surgió el eterno tema inevitable del amor. Sostenían dos opiniones diametralmente opuestos: ella, que el amor era una cosa de lujo, de que era mejor prescindir; él, que era una cosa tan esencial como el oxígeno para la vida.

—¿Qué es lo que se saca con amar? —preguntó ella con aire de muy sabia en la materia—. Nada; toparse con un hombre malo en quien habrías de adorar como en un Dios, que hincharía tu alma de ilusiones a fuerza de promesas, para que después, harto de tu belleza si la tienes y de tu querer que a la fuerza habrás tenido, te vaya a arrojar a un rincón como un trapo cualquiera.

—Y ¿qué es lo que se saca con no amar? —la atajó Rafael—. Ver desfilar las horas, desprovistas todas ellas del encanto de una emoción o de una inquietud, en la tristísima seguridad de que por muchas que fuesen, siempre serían las unas idénticas a las otras. Sentir que la vida se te escapa poco a poco, restando energías a tu cuerpo y sueños a tu alma, y añadiendo arrugas a tu rostro y canas a tu cabeza, en la tristísima seguridad de que por largo que fuese el resto, no te traería jamás el encanto dulce o amargo de una novedad. Sentir, cuando ya te hallas en el declive definitivo, con el sol hundiéndose para siempre

tras la montaña ideal del más allá, la irreparable añoranza de algo que pudo ser y no fue, que te hubiese dado la felicidad o el dolor, pero jamás el frío desencanto de una existencia vacía…

Se acaloraron, riñeron casi. Ella, muy dura de cabeza como toda mujer, manteniéndose en sus trece y él insistiendo en que la razón era suya. Y cuando las manecillas del reloj de pared iban a anunciar el desgranar de una hora nueva, todavía discutían.

—¡Amar, amar! —decía Amanda—. ¡Qué cosa más estúpida y más tonta! Es perder el tiempo en la búsqueda del martirio…

—No amar, no amar —exclamaba él—. ¿A qué habríamos nacido si era solamente para comer y dormir todos los días sin pensar jamás que detrás de la carne frágil —de animal puramente– hay algo que necesita el alimento espiritual de una bella pasión? …

Dieron las nueve. Y esta vez con aire decisivo, se levantó Rafael.

—Adiós —dijo.

Y el hombre que charlaba tan bien, que sabía hablar de todo y de nada, tuvo un acierto definitivo porque en el sólo vocablo "adiós" puso toda su alma palpitante. Amanda le miró hondamente y ante la clarísima revelación comprendió por primera vez que realmente existía aquello que Rafael había llamado tantas veces el encanto de la emoción. Pero sólo pudo decir:

—Adiós.

Y en lo hondo de la noche callada, ya solos los dos, se preguntaban a sí mismos, Rafael:

—¿Por qué no habré hablado de mi amor?

Y Amanda:

—¿Por qué no ha hablado más claro?